DOÑA BRENDA.

A Alfredo Chavero.

Celos tiene Doña Brenda
de Don Diego de Moncada,
pues le han dicho que está loco
de amores por una dama,
que es de ilustre nacimiento,
que es de elevada prosapia:
negro azabache los ojos,
de marfil las manos blancas,
dos rosas las dos mejillas,
leve pie, frente de nácar,
portentosa la hermosura
y su dulce nombre Laura.
Despierta está Doña Brenda
y soñando el de Moncada:
¡siempre el amor descuidado,
siempre los celos en guardia!
El sueño con sus amores
—bien lo dicen sus palabras—
y Doña Brenda, del lecho

convulsa y turbada, salta.
"Laura, murmura D. Diego,
"jura obedecerme, Laura;
"sé que D. Luis te enamora,
"si dices que no, me engañas:
"jura que sola conmigo
"saldremos de aquí mañana."
No escucha más Doña Brenda,
gira en torno la mirada;
cerca de ella está una silla,
sobre la silla una capa,
un gran sombrero de plumas,
el talabarte y la daga.
Se arroja sobre el acero,
desnúdalo su venganza,
y en el pecho de D. Diego
con mano firme lo clava.
—Brenda, D. Diego murmura.
¡Infeliz! ¿Por qué me matas?
—Traidor... Traidor...—Doña Brenda
dice con la voz airada—
Con esa mujer infame
no has de partirte mañana.
—¿Qué murmuras, Brenda mía?
¿Qué mujer es esa?
—Laura...
Y de un D. Luis tienes celos.
—¡Yo de D. Luis de Moncada?
—¡Celos tú de nuestro hijo!
—No case con doña Laura
el inexperto mancebo,
que es Doña Laura su hermana.

De amor que de mozo tuve
fruto fué la desdichada.
—Perdona, Diego, perdona,
doña Brenda loca exclama.
D. Diego no le responde,
que está D. Diego sin habla.
Doña Brenda espera en vano,
suenan doce campanadas,
lívida está como el muerto,
no puede soltar el arma.
Sale de su casa y corre
por las calles y las plazas:
va tras de ella la justicia...
La justicia no la alcanza.
Corre de día y de noche,
un solo instante no pára,
y hasta que llega la muerte
ni sosiega ni descansa.
Después de morir le vieron
las ropas ensangrentadas:
¡siempre los ojos abiertos,
siempre en la diestra la daga!

1878

SANCHO BERMUDEZ DE ASTORGA.

A mi hermano Juan.

Está triste y desvelado
el conde Sancho de Astorga,
y no sabe por qué causa
ni sosiega ni reposa;
por dos veces en el lecho
llamó al sueño con faz torva,
y de nuevo otras dos veces
levantóle su zozobra.
Abre el balcón de la estancia,
al antepecho se asoma,
y su mirada vaguea,
ya del cielo en la bóveda,
ya en el lejano horizonte
que las montañas recortan,
ya en las brumas impalpables
que por el espacio flotan,
ya en el huerto: entre los árboles,
entre las tinieblas hórridas,
se le figura que mira,
cual dos fantasmas, dos sombras.
Negra capa envuelve á la una,
blanca túnica á la otra.
—¿Quién serán? dice Don Sancho,
¿Quién serán á tales horas?

SANCHO BERMUDEZ DE ASTORGA.

A mi hermano Juan.

I

Está triste y desvelado
el conde Sancho de Astorga,
y no sabe por qué causa
ni sosiega ni reposa;
por dos veces en el lecho
llamó al sueño con faz torva,
y de nuevo otras dos veces
levantóle su zozobra.
Abre el balcón de la estancia,
al antepecho se asoma,
y su mirada vaguea,
ya del cielo en la bóveda,
ya en el lejano horizonte
que las montañas recortan,
ya en las brumas impalpables

que por el espacio flotan,
ya en el huerto: entre los árboles,
entre las tinieblas hórridas,
se le figura que mira,
cual dos fantasmas, dos sombras.
Negra capa envuelve á la una,
blanca túnica á la otra.
—¿Quién serán? dice Don Sancho,
¿Quién serán á tales horas?

II

Dirígese conturbado
al camarín de su esposa:
el lecho estaba vacío,
en gran desorden las ropas,
hundida la muelle almohada,
la lámpara silenciosa,
el tierno niño en la cuna,
y una sonrisa en su boca.
—¡Es ella la infame! ¡Es ella!
Clama Don Sancho, y retorna
á su aposento y un rico
arcabuz, airado toma.

III

Del balcón muy cerca vagan
los dos amantes, que inmolan
en aras de su cariño
paz, ventura, y hasta el honra.
La luna arrojó un instante
su blanca luz melancólica,
iluminando los rostros

de un mancebo y una hermosa.
—¡Es ella!.... repite el conde.
¡Desventurada traidora!
y es él, mi primo Don Arias,
¡el traidor que me la roba!
Subió la sangre á sus sienes,
tendió el arma matadora,
y apuntó; pero no sabe
á quién primero le toca
lavar con su sangre ardiente,
la mancha de su deshonra,
si él á quien tanto ha querido,
si ella á quien aún tanto adora.
En perplejidad tan grave,
en vacilación tan hosca,
oye estas dulces palabras
que el aire trae en sus ondas:
—"Si tú murieras, bien mío,
"muerta mi esperanza loca,
"en el corazón al punto
"hundiera mi daga toda."
—¡Pues húndela ya, Don Arias!—
Grita el conde con voz ronca,
y del arcabuz tendido
partió la muerte, celosa
de tanta dicha.—Bañada
en sangre, en la verde alfombra,
cayó la dama lanzando
un ¡ay! de mortal congoja.
—¡Maldito seas, maldito,
Sancho Bermúdez de Astorga!—
Gritó Don Arias, gimiendo
en convulsión espantosa.

Llevó á la cinta la mano,
brilló la luna en la hoja,
y en el corazón al punto
hundióse la daga toda.

—

Dejó el arcabuz Don Sancho
en un rincón de su alcoba,
y fuése al lecho, y durmióse
hasta el rayar de la aurora.

1879.

MARGARITA.

A Victoriano Agüeros.

I

Margarita estaba triste,
triste y sola.—Margarita
que nunca tuvo placeres,
ni nació para alegrías.
Cuando el maternal cariño
hizo falta á su alma tímida,
y preguntó por su madre
á un rodrigón que la mima,
y á una dueña octogenaria
que la cuidó desde niña,
que con el alma la quiere
y amorosa la acaricia;
lleváronla hasta la iglesia
y enseñáronle una fría

sepultura, á los fulgores
de una lámpara bendita.
Allí desde muchos años
su pobre madre dormía,
y allí lloró muchas horas
triste y sola Margarita.

II

Hasta allí se fué una tarde
Margarita desolada,
y ante la fúnebre losa
dijo estas tristes palabras:
—¡Ay madre! ¡Madre querida!
¡Ay madre mía del alma!
Con un hombre á quien no quiero
van á casarme mañana.
—¡Mañana....! Repitió el eco
de las bóvedas sagradas.
—Sí, mañana, madre mía,
murmuró la desdichada,
creyendo que de la tumba
su madre le contestaba,
y allí derramó á torrentes
el tesoro de sus lágrimas.

III

Es Don Gaspar de Hinestrosa
un señor de horca y cuchillo,

rubio el cabello y la barba,
miradas de basilisco;
nunca en su vida ha llorado,
nunca en su vida ha reído;
negro es su humor como tizne,
y el alma negra, lo mismo.
Con él quieren que se case
Margarita, y se lo ha dicho
á la doncella su padre,
que es indomable y altivo;
que cuando tiene un deseo,
necesario es el cumplirlo;
que no se ablanda con lágrimas,
ni con ruegos ni suspiros.

IV

Ha terminado la boda,
ha terminado la fiesta;
Margarita, coronada
de azahar y de azucenas,
de rodillas y gimiendo
en el rincón de la iglesia,
ante la lápida triste
de esta manera se queja:
—¡Ay madre! Ya estoy casada,
y sé que á las seis me espera
el que es mi señor y dueño
y mi albedrío encarcela.
¡Ay madre, madre del alma!
Dime tú, ¿qué me aconsejas?

Antes de partir mi lecho
con quien el alma detesta,
quisiera bajo la losa
que tus despojos encierra,
dormir, madre... ¡Dime, madre,
si no es mejor estar muerta!....
—¡Muerta!.... Reprodujo el eco
de las bóvedas excelsas.
—¡Muerta! Exclamó Margarita.
—Bien, madre, esta noche mesma.

V

Estaba el sol moribundo
espirando entre tinieblas,
cuando la dama, llorosa,
salió al atrio de la iglesia.
Rumbo á su noble morada
cruzó las calles estrechas.
Llegó á su casa... En su alcoba
entró con frente serena.
Mudos, de ella se despiden
el rodrigón y la dueña,
los únicos que la quieren...
¡Sólo á ellos quiso ella!
Los ojos vuelve hacia el lecho,
los cortinajes despliega;
suenan las seis en los aires,
cuenta las seis y se acuesta.
Reclina en la almohada blanca
la peregrina cabeza,

y conteniendo el resuello
Margarita inmóvil queda.

—

No respira Margarita,
la acosa el aire y no ceja,
que le niega el paso al aire
su voluntad que es inmensa.
De su tez el blanco lirio
se marchita y azulea,
hínchase el pecho y se cuaja
su virgen sangre en las venas.
Oye en son confuso y leve
unos pasos que se acercan....
No oye más.... En su cerebro
se han roto al fin las arterias.

—

—¡Margarita! ¡Margarita!—
Grita Don Gaspar y entra
en la estancia.—¡Margarita!—
Margarita no contesta:
descorre los cortinajes....
Margarita estaba muerta,
con la frente coronada
de azahar y de azucenas.

1879.

RAMIRO RAMIREZ

A Francisco Patiño.

I

Nieve el marmóreo semblante,
las negras pupilas fuego,
viva imagen espantosa
del exterminio y los celos,
en la mitad de la estancia,
empuñando agudo hierro,
está Ramiro Ramírez
de rencor y de ira lleno.
Cerca de él, de un gentil hombre
yace el cadáver sangriento,
y á sus plantas Berenguela
doblega el lánguido cuello.
—Mi amor á un tiempo y mi honra
me robaba ese mancebo...
Pagaréis con vuestras vidas
mi honor y mi amor á un tiempo.

—Justo es, murmuró la dama:
herid, pues que sois mi dueño,
y en un solo punto acaben
mis tormentos y los vuestros.
Brilló en la sombra la daga:
se oyó murmurar un rezo:
tras un grito, el golpe rudo
de un cuerpo que rueda al suelo....
. . . . . .
. . . . . .
Después el paso de un hombre
que se aleja, y nada luego.

II

En una obscura capilla
cubierta de paños negros,
enlutada la techumbre,
enlutado el pavimento,
bajo una elevada cúpula,
frente al altar, en el centro,
se ven arder cuatro cirios
y un catafalco en el medio:
sobre él están descansando
dos ataúdes abiertos,
el uno de ellos vacío,
ocupado el otro de ellos.
El cadáver de una dama
duerme en él el postrer sueño,
y tiene el rostro velado
de un obscuro crespón denso.
Cerca de ella, inmóvil, pálido,

está un gallardo mancebo,
sin armas y sin insignias,
de luto el rico chambergo,
la torva triste mirada
fija en los mortales restos,
el corazón moribundo
y estertoroso el aliento.

III

Es él, Ramiro Ramírez,
el castellano guerrero
que casó con Berenguela
hace un año más ó menos.
En esa misma capilla
Berenguela le dió un beso,
y de allí se fué á la guerra
á combatir como bueno.
Y es Berenguela la dama
que ocupa el mortuorio lecho....
Ramiro le ha dado muerte,
la noche anterior la ha muerto.

AI

Mira Ramiro Ramírez
al cadáver largo tiempo;
al fin con trémula diestra
levanta el fúnebre velo,
y aparece ante su absorta
mirada, el rostro hechicero

que aún del cincel de la Parca
resiste al golpe violento;
que aún ostenta la frescura,
el hechizo, el embeleso
y la magia seductora
de otros felices momentos.

V

Después las fúnebres gradas
sube Ramiro en silencio,
y hasta el ataúd vacío
llega tranquilo y sereno.
¡Era su lecho nupcial
aquel espantoso lecho!
Allí estaba su consorte,
su alegría y su contento:
la miró desesperado
de amor y de angustia lleno,
y dijo así con voz lenta
y con moribundo acento:
—Há un año tierna y sencilla,
velado en casto rubor,
me diste un beso de amor
en esta misma capilla.
Y hoy de mi pena al exceso
vengo en brazos de la muerte,
Berenguela, á devolverte
aquel dulcísimo beso.—
En los labios de la muerta
los suyos puso el mancebo;

se oyó un rumor misterioso
por las bóvedas del templo,
y tras un postrer gemido,
tal vez de remordimiento,
rompió su cárcel el alma....
Cayó Ramiro en el féretro.

1879.